

9 LA RESPUESTA DE JESUCRISTO

"Sólo Dios habla bien de Dios". "A Dios nadie jamás lo ha visto. Su hijo Jesús es quien nos lo ha revelado". Estas frases sintetizan bien la marcha de nuestro estudio. Es posible -como lo hemos visto- que el hombre afirme con la razón natural la existencia de Dios y balbucee algo acerca de su misterio personal. Si no fuera posible este conocimiento natural de Dios, la Sagrada Escritura no llamaría necio al que viendo las obras de arte no afirma la existencia del Artífice: "Dice en su corazón el necio: no existe Dios" (Salmo 13, v. 1).

"Necios, en efecto, fundamentalmente necios todos los hombres que han ignorado a Dios, y quienes arrancando de los bienes visibles no han sido capaces de conocer al que es y no han reconocido al Artífice, considerando sus obras" (Sabiduría 13, 1).

San Pablo también hace responsables a los paganos e incrédulos de Roma por el hecho de no escuchar la voz de Dios, quien para todos habla manifiestamente a través del lenguaje de las obras de su creación:

"Porque los atributos invisibles de Dios resultan visibles desde la creación del mundo, al ser percibidos por la inteligencia en sus obras: tanto su eterna potencia como su divinidad. De suerte que son inexcusables" (Romanos 1, 20).

Pero ha sido el mismo Dios quien ha salido libremente de su misterio y se ha querido también comunicar a los hombres, a través de señales y hechos históricos, y muy especialmente a través de su Hijo Jesucristo. Es El quien nos ha comunicado a Dios y nos ha hablado de su Padre. Nuestro acceso a Dios no es ya por el camino natural, pobre y difícil, de los sabios y los filósofos. Avanzamos hacia Dios por la autopista, amplia y segura, de la revelación judeo-cristiana que aceptamos por nuestra fe de creyentes.

Este valioso e irremplazable testimonio que nos da Dios de Sí mismo, nos lo transmiten fidedignamente los Libros sagrados de la Biblia. El Antiguo Testamento es ya una revelación magnífica del Dios vivo, único, santo, principio y fin del cosmos y de la historia. El Nuevo Testamento es la revelación máxima y total de Dios a través de su único Hijo, Jesucristo. El Dios de Jesucristo posee con plenitud y originalidad -que no podía jamás sospechar el hombre- los rasgos que ya había comenzado a manifestar al pueblo judío en el Antiguo Testamento.

1. La manifestación de Dios en el Antiguo Testamento

La Biblia toda es, por excelencia, el Libro de Dios. Nos habla de Dios y Dios en ella nos habla de Sí mismo. Pero la Biblia no es un tratado abstracto sobre Dios. Ella no nos exhorta como a distancia a hablar de Dios, sino que desde la vecindad misma del misterio de Dios nos invita a escucharle cuando habla y a responderle confesando su Gloria y sirviéndole.

1. *Dios es el primero*

Desde "el principio" (Génesis, 1, 1; Juan 1, 1) existe Dios, y su existencia se impone como un hecho inicial, que no tiene necesidad de ninguna explicación. Dios no tiene origen ni devenir; el AT ignora las teogonias que, en las religiones del antiguo Oriente, explican la construcción del mundo por la génesis de los dioses. Dado que sólo él es "el primero y el último" (Isaías 41, 4; 44,6;48,12), el mundo entero es obra suya, es "creación" suya.

Siendo Dios el primero, no tiene que presentarse, se impone al espíritu del hombre por el mero hecho de ser Dios. En ninguna parte se supone un descubrimiento de Dios, un proceder progresivo del hombre que le conduzca a establecer su existencia. Conocerle es ser conocido (Amos 3,2) y descubrirle en la raíz de la propia existencia; huir de él es todavía sentirse perseguido por su mirada (Génesis 3,10; Salmo 139,7).

Como Dios es primero, tan pronto se da a conocer se acusan francamente su personalidad, sus reacciones, sus designios. Por poco que todavía se sepa de él, desde el instante en que se le

descubre, se sabe que Dios quiere algo preciso y que sabe exactamente a dónde va y lo que hace.

Esta anterioridad absoluta de Dios está expresada en las tradiciones del Pentateuco en dos formas complementarias. La tradición llamada yahvista pone en escena a Yahvé desde el comienzo del mundo, y ya mucho antes del episodio de la zarza ardiente lo muestra persiguiendo su único designio. Las tradiciones elohístas subrayan, por el contrario, la novedad que aporta la revelación del nombre divino a Moisés, pero marcan al mismo tiempo que con vocablos diversos -que son casi siempre epítetos del nombre divino-, Él, se había dado ya a conocer como Dios. En efecto, Moisés no puede reconocer a Yahvé como el verdadero Dios si no tenía ya, en forma oscura, pero neta, conocimiento de Dios. Esta identidad del Dios de la razón y del Dios de la revelación, esta prioridad de Dios, presente al espíritu del hombre desde su primer despertar, está indicada a todo lo largo de la Biblia por la identificación inmediata y constante entre Yahvé y Elohim, entre el Dios que se revela a Israel y el Dios que pueden nombrar las naciones.

Por eso, todas las veces que Yahvé se revela presentándose, se nombra y se define pronunciando el nombre de El Elohim, con todo lo que evoca: "El Dios de tu padre" (Éxodo 3,6) "el Dios de vuestros padres" (Éxodo 3,15), "vuestro Dios" (Éxodo 6,7), "Dios de ternura y de piedad" (Éxodo 34,6) "Tu Dios" (Isaías 41, 10; 43,3), o sencillamente "Dios" (1 Reyes 18,21, 36s). Entre el nombre de Dios y el de Yahvé se establece una relación viva, una dialéctica: el Dios de Israel, para poder revelarse como Yahvé, se afirma como Dios, pero revelándose como Yahvé dice en forma absolutamente nueva quién es Dios y qué es.

2. *Dios es único*

"No hay más Dios que Yahvé". La religión de Israel es estrictamente *monoteísta*: desde su origen no tuvo sino un solo Dios. Con frecuencia, sin embargo, la tentación de idolatría se insinúa en Israel por el contacto con los pueblos vecinos, que tenían sus dioses propios (Kamos, Molok, Baal y Astarté, Mardouk...). Pero Dios irá siempre repitiendo a su pueblo: "Sí, yo soy Dios y *no hay otro*".

Frente al paganismo triunfante y a sus cultos seductores, los Profetas exorcizan la tentación politeísta, desarrollando el tema de que *los ídolos son nada* (véase *Salmo 113*, v. 12-16). Muchas explicaciones "naturales" -psicológicas o sobiológicas-, se han intentado para explicar este monoteísmo único de Israel. Ya en 1885 escribía Renán que "el desierto es monoteísta". Explicación que se ha mostrado insuficiente, con el estudio de las civilizaciones semitas y de las tribus nómadas del desierto sirio-árabe:

*"Las creencias politeístas florecieron en el desierto con la misma exuberancia que en las tierras labradas del antiguo Oriente: tanto entre los descendientes de Sem, como entre los hijos de Cam o de Jafet"*².

Este es el famoso "*hecho judío*", caso único en el mundo antiguo.

"El monoteísmo israelita se presenta al historiador con caracteres que llevan la marca indeleble de su origen específicamente israelita y que exigen -dada la trascendencia del fenómeno- una causa divina"³.

3. *Dios es trascendente*

"Yo soy el que soy". El Dios único es también el Dios trascendente.

Es verdad que los "antropomorfismos" ⁴ abundan en la Biblia: se nos representa a Dios paseándose por el jardín del Edén -al caer la tarde- y conversando familiarmente con Adán (*Génesis 3,8*) o comiendo bajo la tienda del nómada Abraham (*Génesis 18, 1-8*); se atribuyen a Yahveh sentimientos humanos de cólera, de celo, de tristeza o de ternura.

Pero tales "antropomorfismos" no son simplemente ingenuidades de niño. Van a la par con la afirmación explícita de la trascendencia divina. Israel respetó siempre la infinita distancia de Yahvé quien es el Otro, el Separado, el Inaccesible, el "Santo", el Dios que a la vez que atrae, infunde temor.

La escena de la zarza ardiente (*Éxodo 3, 1-15*) ilustra bien lo característico del Dios de la Biblia. Dios se muestra bajo la apariencia de una zarza que arde y no se consume. A Moisés -que quiere acercarse para ver mejor el prodigio- le dice Yahvé: "No te acerques; quítate las sandalias, porque la tierra que pisas es una tierra santa". Se insinúa así, bajo esta imagen, el misterio de Dios.

"Moisés pide a Dios que manifieste quién es, que diga **su** nombre. Dios le responde: "*Yahvé*" ("Yo soy el que soy") y añade: "ve y dí a los hijos de Israel: *El que es*, me ha enviado a vosotros".

"Yo soy *el que soy*" es la fórmula que mejor puede expresar lo que Dios es. Se la puede traducir por "Yo soy el que existe por sí y todo lo que es, existe por mí". Se la puede parafrasear: "Yo soy el Inmutable, el Eterno" como lo hace San Agustín. Y se la puede interpretar filosóficamente con Santo Tomás de Aquino diciendo: "Yo soy el Inefable, Yo soy el Subsistente". Es decir, Yo sólo puedo decir lo que Yo soy, porque mi misterio es impenetrable a cualquier otro. Sólo yo existo en plenitud.

"Yo soy *Dios y no hombre*" (Oseas 11,9). Dios es absolutamente diferente del hombre; es espíritu, y el hombre es carne (Isaías 31,3), frágil perecedero como la hierba (Isaías 40,7s). Esta diferencia es tan radical que el hombre la interpreta siempre falsamente. En el poder de Dios ve la fuerza eficaz, pero no la fidelidad del corazón (Números 23, 19), en su santidad sólo ve distancia infranqueable, sin sospechar que es a la vez proximidad y ternura: "Yo soy el santo en medio de ti y no me complazco en destruir" (Oseas 11,9). La trascendencia incomprensible de Dios hace que sea al mismo tiempo "el altísimo" en su "morada elevada y santa", y el que "habita con el hombre contrito y humillado" (Isaías 57, 15). Es el todopoderoso y el Dios de los pobres, hace resonar su voz en el estruendo de la tormenta (*Éxodo 19, 18ss*) y en el murmullo de la brisa (1 Reyes 19,12), es invisible y ni siquiera Moisés vio su rostro (*Éxodo 33, 23*), pero al recurrir, para revelarse, a los reflejos del corazón humano, descubre su propio corazón. Prohíbe toda representación de él, toda imagen de la que el hombre pudiera hacer un ídolo adorando la obra de sus manos, pero se ofrece a nuestra imaginación con los rasgos más concretos; es el "completamente otro" que desborda toda comparación (Isaías 40,25), pero en todas partes está en su casa y en modo alguno es para

nosotros un extraño; sus reacciones y su comportamiento se traducen por nuestros gestos más familiares: "modela" con sus manos la arcilla de que saldrá el hombre (Génesis 2, 7), cierra tras Noé la puerta del arca (Génesis 7,16) para estar seguro de que no se ha de perder ninguno de sus moradores; tiene el ímpetu triunfal del jefe de guerra (Éxodo 15,3...) y la solicitud del pastor por sus animales (Ezequiel 34,16); tiene el universo en su mano y tiene para el minúsculo Israel el apego de un viñador a su viña (Isaías 5, 1-7), la ternura del padre (Oseas 11,1) y de la madre (Isaías 49,15), la pasión del hombre que ama (Oseas 2,16s). Los antropomorfismos pueden ser ingenuos, pero siempre expresan en forma profunda un rasgo esencial del verdadero Dios.

Si creó al hombre a su imagen, es capaz de revelarse a través de las reacciones del hombre. Sin genealogía, sin esposa, sin sexo, si es diferente de nosotros, no es que sea menos hombre que nosotros, sino que, por el contrario, es en perfección el ideal del hombre que nosotros soñamos: "Dios no es un hombre para mentir ni un hijo de hombre para retractarse" (Números 23, 19). Dios nos supera siempre, y siempre en la dirección en que menos lo esperábamos.

4. *Dios es condescendiente*

La Biblia designa también a Dios con la palabra hebrea "Emma-nu-el": "*Dios -con-nosotros*". Dios inaccesible y lejano, que "reina en los cielos", es también un Dios cercano, "inclinado sobre su pueblo", que se mezcla en su vida y que le habla familiarmente.

"¿Cuál es la nación cuyos dioses son más cercanos a ella que Yahvé nuestro Dios?" (Deuteronomio 4,7).

Las relaciones de Dios e Israel se llevan a cabo dentro del marco de una *Alianza* pactada solemnemente y sancionada por un sacrificio especial (Éxodo 24). Este Pacto o Alianza es el resultado de una gratuita y benévola condescendencia por parte de Dios. Aunque incluye un mutuo compromiso (Ezequiel 16,8), no implica una igualdad de situación, sino una reciprocidad de relaciones: le exige al hombre una respuesta permanente a las constantes "entregas" de Dios. Por ello, el gran pecado de Israel, el que provoca la cólera de Dios, es la infidelidad a la Alianza, la traición a la Amistad entablada con Dios.

Estas relaciones de Dios con su pueblo escogido llegan aun a expresarse en términos de *amor*: "Israel es el primogénito" de Yahvé (Eclesiástico 36,14); "Israel es como su esposa" (Oseas 2, 16-22)⁵. Las metáforas de amor tienen en la Biblia acentos de delicada ternura:

"Cuando Israel era niño, yo lo amé. Yo le enseñé a andar, lo llevé en brazos, lo alcé como quien alza un bebé hasta tocar sus mejillas y me incliné hacia él para darle de comer ¿Cómo te dejaré caer?" (Oseas 11, 1 ss.).

Esta presencia particular de Yahveh en medio de su pueblo, junto al cual "plantó su tienda", es sólo el preludeo del gran misterio de la Encarnación: cuando Dios se aproxima cariñosamente tanto al hombre, que "planta su tienda en medio de nosotros" (Juan 1,14) y se hace hombre en JESUCRISTO.

2. La plena revelación de Dios en el Nuevo Testamento

Jesucristo es la máxima revelación y comunicación de Dios a los hombres. Sólo Jesucristo nos descubre plenamente el secreto del único Dios de los dos Testamentos.

- *Acceso a Dios en Jesucristo.*

En Jesús se reveló Dios en forma definitiva y total: habiéndonos hecho el don de su Hijo, no tiene ya nada qué reservarse y no puede ya menos de dar (Romanos 8, 32). La certeza fundamental de la Iglesia, el descubrimiento que ilumina todo el Nuevo Testamento es que con la vida, la muerte y la resurrección de Jesús ha realizado Dios su "gesto supremo", y que ahora ya todo hombre puede tener acceso a él. Este gesto único y definitivo puede adoptar nombres diversos según las perspectivas. Las fórmulas más arcaicas proclaman sencillamente: "A este Jesús crucificado... Dios lo ha hecho Señor y Cristo... la promesa es para vosotros, para vuestros hijos y para los que están lejos" (Hechos 5,31). Estas expresiones parecen modestas, pero, aunque menos explícitas, llevan ya tan lejos como las fórmulas más plenas de Pablo sobre el "misterio de Dios, que es Cristo" (Colosenses 1, 27; 2,2), "en quien tenemos... acceso al Padre" (Efesios 2, 18; 3, 12) o como las de Juan: "A Dios nadie le ha visto

jamás; el Hijo único que está en el seno del Padre lo ha dado a conocer" (Juan 1, 18). Desde el primer día sabe la fe cristiana que sobre el Hijo del hombre se abrieron los cielos (Hechos 7,56; Juan 1,51; ver Marcos 1,10), morada de Dios. Bajo formas variadas y nombres diversos, "revelación de la justicia de Dios" (Romanos 3,21), "reconciliación" (Romanos 5, 11; Efesios 2, 16), "irradiación de la gloria de Dios sobre nuestros rostros" (2 Corintios 3,18), "conocimiento de Dios" (Juan 17,3), el mensaje es idéntico:

Dios está a nuestro alcance; y con una demostración inaudita de poder y de amor, se ofrece en la persona de Cristo a quien quiera acogerle.

Así, es una misma cosa adherirse a Jesucristo en la fe y conocer al verdadero Dios: "La vida eterna es: conocer al único Dios verdadero y a su enviado, Jesucristo" (Juan 17,3). Ante el hecho de Jesucristo, el hombre que llega a la fe, ya venga del judaísmo o del paganismo, ya haya sido formado por la razón o por la tradición de Israel, descubre el verdadero semblante y la presencia viva de Dios.

- *El Dios de Nuestro Señor Jesucristo.*

El Dios de Nuestro Señor Jesucristo es su Padre; y Jesús, cuando se dirige a él, lo hace con la familiaridad y el arranque del hijo: "Abba". Pero es también su Dios, porque el Padre, que posee la divinidad sin recibirla de ningún otro, la da entera a su Hijo, al que engendra desde toda la eternidad, y al Espíritu Santo, en el que los dos se unen. Así Jesús nos revela la identidad del Padre y de Dios, del misterio divino y del misterio trinitario. Tres veces repite Pablo la fórmula que expresa esta revelación: "El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 15,6; 2 Corintios 11,31; Efesios 1,3). Cristo nos revela la Trinidad divina por el único camino que nos es accesible: el camino de la dependencia filial.

Como el Hijo delante de su Padre es el ejemplar perfecto de la criatura delante de Dios, nos revela en el Padre la figura perfecta del Dios que se da a conocer a la recta sabiduría y que se reveló a Israel. El Dios de Jesucristo posee con una plenitud y con una originalidad que el hombre no podría imaginar, los rasgos que revelaba de sí mismo en el Antiguo Testamento. Es

para Jesús, como no lo es para ninguno de nosotros, "*el primero y el último*", aquel de quien viene Cristo y al que retorna, el que todo lo explica y de quien todo descende, cuya voluntad debe cumplirse a toda costa y que siempre basta. Es el santo, el único bueno, el único Señor. Es el único, al lado del cual nada cuenta.

Y Jesús, para mostrar lo que vale, "a fin de que se sepa el mundo que él ama a su Padre" (Juan 14,31), sacrifica todos los esplendores de la creación y afronta el poder de Satán, el horror de la cruz. Dios es el Dios vivo, siempre activo, atento a todas sus criaturas, apasionado por todos sus hijos, y su ardor devora a Jesús en tanto no haya entregado el Reino a su Padre (Lucas 12,50).

____NOTAS____

1. El Concilio Vaticano I° definió que el hombre puede conocer con certeza, por la luz natural de la razón y a partir de las cosas creadas, la existencia de Dios y algunos de sus atributos (*Denzinger* n° 1785 y 1806).
2. J. COPPENS, *Apologétique*, Bloud et Gay, p. 1017.
3. J. COPPENS, *Ibid.*, p. 1016.
4. Expresiones acerca de Dios a la manera humana.
5. Expresiones semejantes se encuentran también en todo el libro *Cantar de los Cantares*; en *Jeremías* 2, 32-35; *Ezequiel* 16; *Salmo* 45.

CONCLUSIÓN PARCIAL

DIOS PRESENTE EN EL UNIVERSO

"En El vivimos, nos movemos y existimos" (Hechos 17, 28).

Sobre la base de la creencia en Dios, espíritus selectos tienen la experiencia de la presencia de Dios en todo cuanto existe, especialmente en su vida espiritual y moral. Porque Dios está presente por doquier: en la luz del día y en la claridad de la noche estrellada, en la donosura y el perfume de una rosa, y en la sonrisa de un rostro amable; así en el ritmo de nuestro corazón como en el movimiento de los astros; en el valor del sufrimiento como en la dulce agonía.

"Señor, Señor! Tú antes. Tú después.

Tú en la inmensa hondura del vacío y en la hondura interior;

Tú en la aurora que canta y en la noche que piensa.

Tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor.

Tú en el cenit a un tiempo y en el nadir;

Tú en todas las transfiguraciones y en todo el padecer;

Tú en la capilla fúnebre y en la noche de bodas;

Tú en el beso primero y en el beso postrer.

Tú en los ojos azules y en los ojos oscuros;

*Tú en la frivolidad quinceañera, y también en las graves ternezas de los años
maduros.*

Tú en la más negra sima y en el más alto edén.

Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo;

si los labios te niegan, yo te proclamaré.

Por cada hombre que duda, mi alma grita:

Yo creo, y con cada fe muerta, se agiganta mi fe!"

(Amado Nervo)

Un reconocimiento semejante de Dios brotó de labios del mayor Gordon Cooper, mientras en su cápsula de navegante del universo recorría en mayo de 1963 su gigantesca órbita espacial. La plegaria fue registrada magnetofónicamente y leída después por el astronauta, en sesión plenaria, en el Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica, que la recibió con nutrida ovación:

"Debo tomar unos minutos para rezar una oración por todos los que se han comprometido en esta operación, incluyéndome a mí mismo. Quiero agradecerte, Dios mío, muy en especial el haberme permitido volar en este vuelo. Gracias por el privilegio de encontrarme aquí, en esta altitud, por disfrutar de este sitio maravilloso, contemplando todas estas cosas magníficas y espectaculares que Tú has creado.

Ayúdanos a guiarnos y a dirigirnos a todos nosotros, que conformemos nuestras vidas para ser mucho mejores cristianos, para que nos ayudemos los unos a los otros y sepamos compartir nuestros trabajos, en vez de pelear y enfrascarnos en pendencias.

Ayúdanos a terminar esta misión con buen éxito. Ayúdanos en experiencias futuras para que el mundo vea que la democracia realmente puede superarse y competir, que todavía puede hacer grandes cosas. Ayúdanos, pues, para que podamos investigar más, alcanzar más desarrollo y llevar a cabo nuestros programas científicos.

Acompaña a todas nuestras familias. Danos tu orientación y tu aliento. Inspíranos la confianza de que todo saldrá bien. Te lo pedimos en Tu propio nombre.

Amén".